

# El verano del 99

Danilo Interiano

Era el verano del 99, cuando lo vi por primera vez. Él tenía la pinta de un chico maduro y seguro de sí mismo, con un porte de oficial de la Armada o tal vez de la Marina de los Estados Unidos. Su físico e inteligencia me dejaron estupefacto y descubrí la existencia del amor a primera vista. Todo pasó tan rápido que no sabía si estaba dormido o despierto. Difería entre la realidad o la mentira, un sueño del que tal vez nunca despertaría.

Hoy es una tarde muy tranquila y los vientos del verano tejano ya se pueden sentir en la intemperie de la parroquia mientras termino con mis compromisos del domingo por la tarde. Sí, el chico es muy guapo, pensé. Su mirada está aún muy presente en mis pensamientos: los recuerdos divagan desde que se dejó apreciar por primera vez. No recuerdo haberlo visto con anterioridad pero me encantó la forma en que el destino preparaba nuestro encuentro.

—Perdón, ¿Cuál es su nombre?—preguntó con una sonrisa muy hermosa.

—Me llama Miguel Ángel Reynosa—contesté.

—¿Cómo le puedo ayudar?—dijo.

Y así comenzamos a establecer una conversación en cuestiones de religión y cada minuto él se interesaba más en saber de la vida de los religiosos. La conversación duró aproximadamente unos 45 minutos y después me adelanté a decir que tenía que retirarme. El cometa todo hombre disciplinado de la Armada se despidió y el día terminó con un bello recuerdo, una sonrisa hermosa y una mirada perdida en una realidad que delataba su intención y deseos, los mismos que yo ocultaba calladamente. La noche me fue confusa y el siguiente día un poco más.

—Hermano Miguel Ángel—dijo el director vocacional. Es tiempo de rezar las primeras oraciones del día.

Comencé por rezar las oraciones de la mañana y luego me encaminé a la oficina de la iglesia donde estaría prestando mis servicios toda la semana. El lunes y el martes fueron dos días de mucho trabajo; miércoles y jueves fueron días de menos compromisos. Finalmente llegábamos al viernes y posteriormente al sábado. El domingo muy temprano desperté listo para comenzar la rutina de una larga jornada que finalizaría a las 5 de la tarde. Durante la celebración de la misa por la mañana, la iglesia lucía repleta de feligreses. Como consecuencia, era casi imposible moverse entre las asistentes al servicio. Mientras estaba

en la puerta que da hacia la sacristía escuché de repente ni nombre: “Miguel Ángel”. Era el muchacho de mirada hermosa: ahí estaba de nueva cuenta y ambos nos encontrábamos frente a frente ante un destino insolente que se empeñaba en juntar de nuevo a dos personas que pertenecían a dos mundos completamente distintos.

—Soy Jason Moritz—dijo el marino de 30 años de edad. ¿Recuerdas que estuvimos charlando la semana pasada sobre la vida de los religiosos?—recalcó.

Era la primera vez que sentía una fuerza totalmente diferente que recorría mi cuerpo sin control. Y me preguntaba a mí mismo: ¿Qué me estaba pasando? Yo no quería aceptar ni la mínima posibilidad de un sentimiento hacia aquel muchacho de quien sólo sabía su nombre. Lo saludé con una sonrisa de bienvenida y continué escuchando el sermón que el padre Simón Garza predicaba durante la misa de las 7 de la mañana.

—¿Que te parece si te invito a tomar el desayuno?—dijo Jason.

—Muchas gracias—contesté. Y claro que acepto tomar el desayuno contigo. Tuvimos una charla amena e informativa.

—Soy un chico homosexual—dijo-y quiero saber tu opinión acerca de la homosexualidad.

Yo sorprendentemente contesté de la manera más honesta: cada persona es responsable de su propia vida y por lo consiguiente de su propia sexualidad. Recuerdo haber visto en su mirada un gesto de sorpresa al escuchar la respuesta a sus interrogantes.

—No esperaba escuchar de un religioso esta reacción.

—De igual manera, estoy sumamente sorprendido que un capitán de la Marina estadounidense me confiese ser homosexual—le respondí.

—Miguel Ángel: ¿Tú eres homosexual?—me preguntó.

—Tu pregunta es bastante indiscreta—contesté. Pero bien, te diré que en efecto soy homosexual. Sin embargo, en nuestra cultura es inaceptable que un hijo único tenga preferencias sexuales diferentes a las heterosexuales.

La charla se volvió más importante aún cuando el mismo Jason comentó que sus padres y amistades no tenían conocimiento de su homosexualidad. Conversamos durante toda la mañana y regresé a mis responsabilidades un poco más tarde de las 12 de la mediodía. El tiempo que había pasado con aquel chico era algo fenomenal, ambos nos habíamos mostrado interesados en saber más de nuestras vidas. Jason y yo pasábamos mucho tiempo junto conociendo de nuestras respectivas vidas e intercambiando ideas de cómo afrontar la realidad de nuestra existencia. Pasaron los meses y seguimos saliendo con más frecuencia. Éramos los mejores amigos y nos respetábamos como tal.

—Tengo que confesarte algo muy importante—dijo Jason. Estoy seguro que tu ya lo sabes.

—¿Saber qué?—le respondí

—Estoy locamente enamorado de ti—afirmó.

Por un momento permanecí sin mencionar palabra alguna, luego reaccioné a su confesión:

—Estoy seguro que esta confesión tendrá consecuencias en nuestra amistad—comenté. La vida de un religioso y sus convicciones morales no permiten a éste aceptar una relación homosexual.

Regresé muy confundido a la casa de formación y también bastante asustado: por primera vez tenía

la oportunidad de tomar una decisión que daría un giro de más de ciento ochenta grados a mi vida. Esa semana Jason intentó hablar con mi director espiritual sin tener éxito alguno. Ingresé a un retiro espiritual por una semana intentando discernir mi verdadera vocación. Después de salir del centro de retiros regresé a la casa de formación, donde tomaría una decisión que cambiaría mi vida por completo. A mi regreso hablé con mi director espiritual y le informé personalmente de mi decisión de abandonar la casa de formación entregándole una carta escrita de mi puño y letra donde le daba las razones por las que renunciaba a la vida religiosa. Recuerdo que cuando abandoné la casa de formación me sentía completamente diferente, con una carga menos pesada pero con mucho miedo de enfrentar a mis padres y amigos que siempre me habían apoyado en mis decisiones. Mi primera reacción fue comunicarme con un viejo amigo que desde el principio había estado en desacuerdo acerca de mi decisión de estudiar para sacerdote. Le llamé a su casa:

—Hola Javier, ¿cómo estás? Soy Miguel Ángel, estoy fuera de la casa de formación y necesito un lugar para quedarme cuando menos esta noche.

Él, muy contento, me dijo:

—Putá madre, tú sabes de antemano que esta es tu casa. ¿Qué pasó contigo? Me alegra que hayas terminado con tus babosadas de ser padrecito—continuó. Mañana mismo te contactaré con mi jefe para que comiences a trabajar en la fábrica—insistió.

El día siguiente hablé con mis padres y les informé de la situación. Cuando le comenté a Jason de mi resolución estaba súper contento y fue entonces que me di cuenta de haber tornado la decisión más importante de mi vida. Hablamos de muchas cosas, pero Jason siempre terminaba la conversación con un “¿cuándo nos mudaremos a vivir juntos?”

—Por mi familia no te preocupes, ellos no tienen por qué enterarse; tampoco debes preocuparte por tu familia. Si sabemos manejar esta relación discretamente nadie tiene que darse cuenta—dijo Jason.

Era necesario tomar una decisión que de antemano sabía marcaría mi vida por completo. Después de muchos intentos por fin logró convencerme de mudarme a su departamento. Comenzamos una relación de novios que duró alrededor de cuatro años. Él trabajaba como capitán de la marina estadounidense y yo tenía un empleo con una importante compañía de abogados en la ciudad. Ambos trabajábamos mucho y siempre soñábamos en comprar una casa juntos. Nuestra relación era tan hermosa que siempre encontrábamos soluciones a nuestros problemas. El 19 de Julio de 2003, fecha que recuerdo como si fuera el día de ayer, estaba yo en Waco, Texas, cuando recibí una llamada de su hermana Karen.

—Miguel Ángel, te llamo para avisarte que Jason se encuentra muy grave en el hospital de San Pablo en Houston, TX—dijo.

No podía creer lo que había escuchado por el teléfono. Su voz era entrecortada y llorando me pidió que viajara pronto a donde tenían hospitalizado a Jason. Houston estaba ubicada a una distancia de por lo menos cuatro horas. Mientras manejaba en mi coche rumbo al hospital, escenas de nuestras vidas confundían mis pensamientos. Sólo le pedía al cielo que no fuera nada grave. En el Hospital San Pablo, la incertidumbre reinaba mientras a Jason lo intervenían quirúrgicamente. Se debatía entre la vida y la muerte. Sus padres estaban totalmente aterrados por lo que estaba sucediendo y rezaban para que saliera bien de la cirugía. Como pude dejé mi coche en los estacionamientos desolados de un hospital que tenía paredes de color

blancas y pasillos de color celeste pálido.

—Disculpe, ¿dónde se encuentra el paciente Jason Moritz? —pregunté a la recepcionista después de identificarme con ella.

—Se encuentra en la sala de cuidados intensivos en el séptimo piso—dijo la mujer un poco déspota.

Corrí hacia los ascensores para subir al séptimo piso.

—Buenos días, Len qué le puedo asistir?—preguntó la recepcionista.

—Busco a un familiar, su nombre es Jason Moritz y fue ingresado a cuidados intensivos hoy por la madrugada—contesté a la recepcionista, quien tenía cara de cansancio, tal vez por trabajar de noche. La enfermera revisó sus datos y consultó muy brevemente con su compañero quien a su vez me sugirió esperar un momento.

—La familia del paciente se encuentra en la habitación 30, puede usted pasar—comentó el joven de recepción.

—Miguel Ángel, Miguel Ángel—escuché mi nombre por segunda vez. Miré hacia donde provenía el eco y justamente ahí estaba Karen con un llanto insostenible y la respiración entrecortada. Su cara reflejaba el dolor y la angustia que todos estábamos pasando.

—¿Qué sucede?—le pregunte.

—Jason se nos muere...—dijo.

Por un momento sentí que mi alma abandonaba mi cuerpo y todo mi ser. Quedé totalmente como en pausa, en uno de los momentos más difíciles de mi vida. ¿Cómo enfrentar semejante noticia? ¿A quién acudir? Mis padres y familiares no sabían de mi verdadera sexualidad y menos que tenía pareja. Por un momento sentí que la vida se me terminaba. Recordé cuando una vez jugando en el departamento Jason me había dicho: “cuando yo muera quiero que tú estés todo el tiempo a mi lado desde que muera hasta que sea sepultado”. “Estás loco —le contesté— porque yo moriré primero que tu”. Pero lo que en ese momento estaba viviendo era real.

—¿Qué cosa dices, Karen?—dije temblando por la noticia que había recibido. Me encontraba con su hermana en medio de cuatro paredes blancas y su familia al final de la habitación llorando en silencio su pena. Regresé a la cruel realidad y vi a los demás miembros de la familia devastados por la noticia. Salí corriendo por el pasillo principal un poco desorientado buscando al doctor que tenía bajo su cuidado a mi novio.

—Usted debe ser el joven Miguel Angel—dijo el doctor. Pase, por favor, él se encuentra en fase terminal y al parecer hace un esfuerzo por hablar con usted—dijo con voz calmada. Solamente tiene unas horas de vida, tal vez unos minutos—recalcó aquel doctor de voz ronca y mirada penetrante.—Hable usted con él, pues al parecer lo está esperando. Pero no puede usted permanecer más de 10 minutos—concluyó.

Al entrar a la habitación, Jason se encontraba con el cuerpo totalmente vendado y apenas podía verle sus ojos y sus labios que a juzgar por su color habría sufrido quemaduras mortales, mismas que le conducían a la muerte.

—Ay, Dios mío—exclamé. Mi garganta estaba tan cerrada que no podía pronunciar palabra alguna.—¿Qué pasó, precioso?—dije con los ojos completamente llenos de lagrimas y con voz que apenas salía de

mi garganta rota. Casi inmóvil, él me indicaba con uno de sus dedos de la mano derecha, no recuerdo cuál. Entendí que él quería que me acercara. Me dijo:

-Hoy... soy... más... feliz... que... nunca... te amo...

Esas fueron sus palabras y falleció. Gritaba de impotencia y lloraba de rabia y dolor por no poder hacer nada para que se quedara con nosotros. El amor de mi vida, la persona por quien había dejado todo para ser feliz a su lado, había muerto frente a mí.

Unas horas más tarde me encontraba en una habitación y junto a un doctor, una enfermera y una consejera. Todo era totalmente confuso. De inmediato pregunte dónde me encontraba y si era cierto que mi pareja había muerto.

—Así es, joven—dijo el doctor— y salió inmediatamente de la habitación. Segundos después entraba Karen y el hermano menor de Jason para consolarme en aquel momento tan desgarrador. Tenía la edad de 22 años en el verano de 2003 cuando lo aprecié por última vez. Los momentos que había vivido junto a él eran para mí como un sueño y los sueños, sueños son. ☀